Oscar miró por la ventana y vio los primeros rayos de sol rasgando la negrura del cielo, mientras escuchaba el discurrir del agua en su búsqueda del camino de encuentro con el mar. Intento imaginar los miles de seres que viajarían en ese curso, a merced de los movimientos del agua, y se preguntó si ellos estarían pensando en aquél individuo que les miraba desde la ventana.

En ese momento se dio cuenta de que la habitación que tenía a su alrededor había cambiado por completo. Sus formas y colores, el contenido, ya no eran los mismos. Incluso la ventana que tenía ante sí se transformaba de manera asombrosa. Algo maravilloso estaba a punto de ocurrir.

Sintió cómo sus piernas, primero, y el resto de su cuerpo, a continuación, flotaban al tiempo que le invadía una extraña sensación de levedad. Sólo con pensarlo se movió hasta el centro de la habitación y comenzó a girar sobre sí, admirando el fantasioso escenario de colores y formas en que se habían convertido tanto el techo como las pareces.

Hasta sus oídos llegaba una suave y armoniosa melodía en la que se combinaban trinos de aves y el sonido de cientos de instrumentos de viento y cuerda. Nunca antes había sentido tanta paz, sosiego y placer, se dijo Oscar, y en ese momento despertó sobresaltado cayendo de su cama.

Ciertamente, pensó, lo que su amigo Mario le dio la noche anterior para su dolor de cabeza no era una aspirina, primero porque el dolor de cabeza seguía ahí y segundo porque si las aspirinas provocasen estos sueños se venderían en el mercado negro, no en las farmacias.

Lo que estaba claro es que parte del efecto seguía corriendo por su cerebro porque, aún despierto, continuaba viendo olas de colores que cruzaban su horizonte, allí, dentro de su dormitorio. Lo curioso es que no sentía sed. Es más, tenía la impresión de estar completamente saciado a pesar de no haber ingerido nada desde la mañana del día anterior. Tenía que llamar a Mario de inmediato para, así, salir de dudas y saber exactamente qué le estaba ocurriendo.